

Cuentos de VIDA MANCHEGA

Un hombre comprensivo

CUENTO DE PASIÓN

Por Francisco Tolsada



ELISA lloraba desconsoladamente. En el silencio que emergía de la quietud augusta del lindo gabinete, tapizado de malva, era su llanto un eco apagado y quedo que moría en un sollozo ténue, de violín roto...

Tendida boca arriba, en la muelle comodidad de la chaise-longue, encogida como una gata de Angora, tenía ese desfallecimiento atómico, esa dejadez un poco sensual de la maja que nos legó el pincel mago de don Francisco.

Los cabellos destrenzados, caíanle en la amplitud del descote por los hombros desnudos, como una catarata de ébano; los ojos circundados siniestramente por las ojeras cárdenas, brillaban como una esmeralda líquida, a causa del llanto; el busto anfitriático surgía magestuoso y potente de entre la seda espumosa del kimono.

El gabinete *englis styl*, iba quedando en sombras; la tarde moría dulcemente como una adelfa tronchada y los últimos fulgores del rubí del crepúsculo, se tamizaban a través de los estores de batista.

De la calle, a través del jardín que había delante del hotelito, por entre las vidrieras del mirador volado que daba sobre él, los ecos de la vida llegaban claramente; ahora, la bocina de un auto, más tarde la voz ronca de un auriga, luego el monorrítmico cascabeleo de un peneco de alquilón, el pregón aburrido de un vendedor ambulante...

Una penumbra propicia velaba los objetos del gabinete, confundiéndolos en una vaga imprecisión. Elisa lloraba quedamente. Gustaba encerrarse todas las tardes, cuando el crepúsculo se iniciaba, en el gabinete. Era para ella, aquella habitación, como un confesonario donde pasaba y repasaba cotidianamente su vida tronchada, y donde, envuelta en ese agradable misterio eufórico del caer de la tarde, deshaciendo en llanto la exhuberante belleza de sus veintiocho años, iba deshojando una a una las rosas marchitas de su ilusión.

Veía pasar difusamente los días y las horas de su juventud y volvía a sentir las mismas sensaciones ingenuas de sus años de soltera.

¡Ah! ¡los dulces años de soltería! ¡Cuan veloces cruzan la senda estéril del vivir! ¡Cuan fugaces fueron para ella, aquellos minutos en que, tras los barrotes en cruz de la reja—allá en una estrecha calle de la ciudad castellana—veía la vida toda por llegar, abriéndose los amplios horizontes de la esperanza! ¡Qué pronto pasó la ilusión de los años mozos y qué rápidos fueron aquellos ratos, llenos de ingenua curiosidad, en que veía pasar una y mil veces, ante la ventana, al galanteador de turno, a aquel que le ofrecía un amor de minuto, un cariño apenas nacido cuando ya muerto, tan mustiado y endeble como los capullos que enmarcaba el viejo ventanal lleno de herrumbre...!

Elisa recordaba todo esto—pasajes de su vida adolescente—y lo recordaba con nostalgia. ¡Cuanto hubiera ella dado porque volviesen aquellos años! ¡Pero no! Aquello pasó y...

Aquella tarde, Elisa sentía más hondamente el aguijón nostálgico de un amor inútilmente buscado en su matrimonio con Pepe Luis.

Su desilusión había comenzado al poco tiempo del matrimonio. Después vino la leve sospecha, más tarde la convicción casi plena de la causa que ocasionaba el desvío de su marido hacia ella; y ahora, la certeza matemática de su infidelidad. Era cierto, sí, que su marido la engañaba con... *otra*. Y tenía allí, entre sus manos, tocándola; la prueba.

Era una carta que sustrajo furtivamente de uno de los bolsillos del gabán de Pepe Luis y que ahora estrujaba en mil dobleces entre sus manos felinas.

No eran celos, no, lo que sentía hacia su marido. Aquello no eran celos; no podían serlo. Para que haya celos es imprescindible el cariño, puesto que no son más que una agudización, una hipersecreción del amor mismo. Ella no tenía celos de su marido, ni le tenía amor. Aquel cariño de los primeros tiempos del matrimonio voló a partir de la leve sospecha que tuvo de su infidelidad. No eran celos de muger que siente que otra le roba lo que es suyo, lo que el corazón y las leyes le dan para sí. Ella no sentía que le quitasen nada.

de
e
a
ir
e
v
el
ra
n
E
s
p
c
m
q
s
i
p
y
a
b
q
w
c
tr
fa
q
h
o
s
re
—
y
u
p
r
de
L
de
q
t
de
q
y
m
f
ce
bl
q
ci
ap
ra
hu
ur
di
a
de
to